



Salley Vickers

La bibliotecaria

Un homenaje
a los bibliotecarios y
a los libros que marcaron
nuestra infancia



La bibliotecaria

Salley
Vickers

Traducción de
María José Díez Pérez

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín
Volumen 1479

Título original: *The Librarian*

© Salley Vickers, 2018

© por la traducción del inglés, María José Díez Pérez, 2019

© Editorial Planeta, S. A., 2019

Ediciones Destino, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.edestino.es

www.planetadelibros.com

Canciones del interior:

Págs. 121, 129: © *Dirty Old Town*, 1949 Sony/ATV Music Publishing LLC,
interpretada por Ewan MacColl.

© de la ilustración de interior, Wondervendy / Shutterstock

Primera edición: octubre de 2019

ISBN: 978-84-233-5614-0

Depósito legal: B. 17.868-2019

Composición: Pleca Digital, S. L. U.

Impresión y encuadernación: Black Print

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

I

Sylvia Blackwell sólo tenía veinticuatro años cuando, en 1958, aceptó el empleo de bibliotecaria de la sección infantil en East Mole.

Era apenas su segundo trabajo de verdad. Tras pasar un tiempo echando una mano en la biblioteca ambulante Boots de su barrio, aceptó un puesto de ayudante de bibliotecaria en Swindon. Allí, como entusiasta licenciada salida de una de las nuevas escuelas de biblioteconomía de Gran Bretaña, incorporó a algunos de sus escritores preferidos y se sintió desalentada cuando *Los buscadores de tesoros* y *La llegada del cometa* se quedaron en los estantes, la cubierta tan intacta como el día en que los desembaló.

—Eso podría habérselo dicho yo —afirmó Clive Henderson, el bibliotecario jefe.

Llevaba años trabajando en la biblioteca Swindon y creía que la experiencia que había acumulado le proporcionaba un conocimiento acerca de los gustos culturales de Swindon que la nueva bibliotecaria de la sección infantil se había tomado la libertad de ignorar.

Sylvia aguantó en Swindon dieciocho meses antes de solicitar y conseguir el empleo en East Mole. Se trasladó de una habitación alquilada en Swindon

a una casita en Field Row, a las afueras de East Mole, una calle de casas adosadas de ladrillo que destacaba entre el verde de las praderas circundantes y terminaba en el número 5.

El alquiler de la casita era tan bajo que resultaba casi alarmante, aunque con su sueldo de bibliotecaria Sylvia no se sentía inclinada a discutir a ese respecto con su casera, la señora Bird.

—Era de mi abuela —le explicó ésta—. Vivió y murió allí. Por aquel entonces no había excusado dentro, ni cuarto de baño ni agua caliente, y crio a cinco chiquillos ella sola, más o menos.

La escasa estatura de la señora Bird, unida al alegre sombrerito con plumas negras que llevaba, hacía que su apellido —Pájaro— resultara asombrosamente apropiado.

Sylvia dijo que parecía justo lo que estaba buscando y la señora Bird le dio las señas y le indicó que se reuniría con ella en esa dirección para enseñarle el nidito y ponerla al tanto de todo. Llegó con algo de retraso a la cita, abrió enérgicamente la cancela del jardín y agachó la cabeza para pasar por debajo de una rama que colgaba sobre el camino.

—Dichoso árbol. El vecino de al lado no se ocupa de él. Bueno, pues ya hemos llegado. Éste es el número 5.

El tejado de tejas de la casita, al que daba sombra un alto fresno, estaba recubierto de musgo verde, lo cual lo dotaba de un atractivo tanto mayor a los inocentes ojos de Sylvia. Dentro, las paredes de la cocina tenían manchas anaranjadas de humedad, pero la ventana daba al jardín y las losas que transpiraban y

la pintura al temple descascarillada se le antojaron rústicas y pintorescas a Sylvia, que había nacido y crecido en Ruislip. La salita, poco mayor que la cocina, se caldeaba con una chimenea abierta. En el piso de arriba, al que se accedía por una pronunciada escalera, que probablemente no cumplía la moderna normativa de construcción, había dos dormitorios.

La casera le señaló el más pequeño.

—Ahí dormían mi madre, que Dios la tenga en su gloria, y sus hermanas. Sólo había un chico. Enfermizo, el pobre. Murió de pleuresía. Probablemente fuera lo mejor.

El cuarto de baño, pintado a brochazos de un amarillo desvaído, contaba con un lavabo agrietado y con manchas de agua. A su lado, en un extraño ángulo diagonal, habían embutido una bañera diminuta.

—El retrete está abajo, al lado de la cocina. La casa no tenía cuarto de baño pero lo añadimos como buenamente pudimos al decidir alquilarla. Si le entran ganas por la noche, siempre puede utilizar eso. —La señora Bird señaló un orinal de porcelana blanca—. Usted es joven y seguro que aún tiene la vejiga en forma. Las solteras no saben la suerte que tienen.

Sylvia se ruborizó, pues su madre nunca le había hablado abiertamente de la menstruación y se había referido a las cosas de la vida de una forma tan enrevesada que durante años ella creyó que los niños se concebían mediante una dolorosa operación en un hospital.

El jardín del número 5 lindaba con un campo lleno de cardos en el que habían jubilado a dos burros decrepitos para que vivieran allí hasta el final de sus

días. El jardín en sí estaba invadido de zarzas impenetrables y ortigas exuberantes pero la señora Bird aseguró a Sylvia que «volvería a ser el que era en un abrir y cerrar de ojos». Señaló un vetusto ciruelo:

—La fruta es buena para hacer compota, pero yo no la probaría sin cocerla: de críos la comíamos verde y nos zurraban cuando nos daba indigestión.

Se detuvo para inspeccionar unos densos racimos de ortigas en concreto.

—Aquí es donde mi abuelo cultivaba ruibarbos. Sólo lo hacía para fastidiar a los conejos. Es lo único que no comen. Me figuro que no sabrá manejar usted un arma, ¿no? Mi abuela hacía una empanada de conejo soberbia.

Sylvia se planteó mencionar que el padre del conejo Peter Rabbit acabó en una empanada a manos del señor McGregor pero se lo pensó mejor.

—No hay teléfono, pero dos casas más allá le dejarán utilizar el suyo en caso de emergencia.

La señora Bird le entregó un manajo de llaves y, tras dejar claro que tenía que pagar el alquiler el primer día de cada mes, se marchó apresurada para ir a buscar a una nieta a la escuela.

Las pertenencias de Sylvia cupieron con facilidad en el reducido espacio de la casita. En las minúsculas habitaciones habían metido gran cantidad de lo que parecían muebles que nadie quería. Un tresillo que daba la impresión de estar lleno de bultos, calzado con un ladrillo allí donde le faltaba una pata y cubierto con una colcha de chenilla rosa, y dos sillas tapizadas con una cretona de un rojo brillante dominaban la salita. En un cenicero con forma de concha ponía: «Bienvenidos

a Cromer». En conjunto, a Sylvia, que pasaba las vacaciones con su familia en las frías playas de Norfolk, aquello le pareció acogedor.

El dormitorio de mayor tamaño lo ocupaba casi por completo una cama de madera maciza sobre la que descansaba un colchón altísimo. En la pared de enfrente del cabecero, un texto con letras góticas de colores transmitía un mensaje ambiguo: «Sin duda, la bondad y la misericordia me acompañarán todos los días de mi vida».

No había ninguna estantería para depositar las posesiones más preciadas de Sylvia, quien tras abarrotar las repisas de las ventanas apiló todos los libros que pudo en las baldas inclinadas del armario que había en el dormitorio más pequeño. Los restantes, por de pronto, tuvieron que quedarse en las cajas de cartón de la biblioteca Swindon, regalo de despedida de Clive Henderson.

Sin embargo, a pesar de sus aparentes deficiencias, su nueva morada prometía.

Hasta ese momento, la vida de Sylvia había sido normal y corriente, en la medida en que se puede decir tal cosa de cualquier vida. Su padre tenía un empleo de encargado de poca monta en una empresa de venta de refrescos establecida en Londres, en Great West Road. Su madre era hija de uno de los viajeros de la empresa, y así era como ambos se habían conocido. Al nacer Sylvia su madre renunció a su empleo de recepcionista. No hubo más hijos. Sylvia nunca había querido preguntar, ni siquiera a sí misma, a qué se debía, pero desde que su padre volvió a casa después de la guerra él y la madre durmieron en ha-

bitaciones separadas, lo cual, en cierto modo, era una respuesta.

Las notas que sacaba Sylvia en la escuela eran regulares. «Sylvia tiene que aprender a hincar los codos» y «Tiende a soñar» eran comentarios habituales. Sólo la señorita Jessica Jenkins, la bibliotecaria de la sección infantil de la biblioteca del barrio, intuía que la niña tenía más cualidades de las que se percibían a simple vista.

Tras pasarse muchas horas a solas en su cuarto, Sylvia había adquirido la costumbre de leer, con frecuencia a la luz de una linterna y debajo de la sábana hasta bien entrada la noche. Los sábados por la mañana, mientras su padre leía los periódicos y su madre se hacía la mártir con las tareas del hogar, Sylvia comenzó a ir sola a la biblioteca —puesto que el peligro que entrañaban las bombas alemanas hasta no hacía mucho ya no suponía amenaza alguna, nadie concebía que un niño pudiese arrostrar otros peligros—, donde la señorita Jenkins apartaba libros que pensaba que podían gustarle a la niña.

Los bibliotecarios no son los únicos que tienen favoritos entre su clientela, pero el amor compartido por la lectura constituye un vínculo especialmente poderoso. Gracias a Jessica Jenkins, Sylvia conoció esas versiones de la realidad, los personajes de ficción, que pueden llegar a ser más importantes que la vida o cuando menos una influencia moldeadora y una guía interior.

Tener que lidiar desde temprana edad con el cambiante humor de su madre había hecho que en apariencia Sylvia fuese de trato fácil, y no le faltaban ami-

gos. Sin embargo, los libros se convirtieron en sus aliados mudos y, en ocasiones, en más que amigos.

Pese a esa tendencia a la ensoñación que irritaba a sus profesores, Sylvia se las arregló para entrar en la nueva escuela universitaria de biblioteconomía de Londres, que estaba lo bastante cerca para poder seguir viviendo en su casa y así ahorrarse un dinero. «Un trabajo con futuro», fueron las palabras de aprobación de la madre cuando su hija dio a conocer lo que quería estudiar. En el fondo, Hilda Blackwell se sintió aliviada de que el sorprendente éxito que había cosechado su hija con el papel de Fondón en *El sueño de una noche de verano* no la animara, como durante un tiempo se temió, a solicitar su ingreso en una escuela de arte dramático.

Aparte de la lectura, la otra gran pasión de la familia Blackwell era el ajedrez.

Al padre de Sylvia le había enseñado a jugar un joven oficial checo de cuya tripulación formó parte durante los años que sirvió en la RAF durante la guerra. El oficial participó en el ataque a Bremen y no regresó de esa misión. Norman Blackwell, al que habían herido en un brazo, no pudo subir a ese avión y albergaba el inevitable sentimiento de culpa del superviviente. La muerte del joven oficial, que había perdido a su familia a manos de los nazis, afectó a su artillero de cola de un modo para el que no tenía palabras conscientes. El fallecido había sabido ver en Norman Blackwell un inesperado don para el ajedrez, y cuando se declaró a Pavel Prager muerto en combate no había ningún pariente vivo al que poder entregar sus escasas pertenencias.

—Quédese con esto si quiere, Blackwell —propuso el sargento que se ocupaba del rancho, y le dio a Norman el ajedrez con el que había aprendido a jugar.

Quizá por respeto a su difunto comandante o quizá a falta de otra cosa que ofrecerle, Norman Blackwell intentó transmitir su interés a su única hija. Por las tardes, cuando Sylvia terminaba de hacer los deberes y mientras su madre escuchaba la emisora Light Programme en la radio, Sylvia y su padre se sentaban frente a frente a la mesa de la cocina y jugaban con el ajedrez heredado.

Sylvia no tenía un talento innato para el ajedrez, pero era una niña sensible que adivinaba una necesidad insatisfecha en su padre y, por lealtad a él, hacía lo que podía para dominar el juego. Los jugadores de ajedrez, por pacíficos que puedan ser en otros aspectos de su vida, son despiadados cuando se trata del ajedrez, y a pesar de que lo intentó con todas sus fuerzas durante años, a su padre le resultaba imposible no ganar a su protegida. Un momento definitorio para ambos, y que Sylvia no olvidó jamás, fue la tarde en que consiguió dar jaque mate a su padre.

—Quédate con esto si quieres —dijo su padre, sin ser consciente de que estaba repitiendo las palabras con las que le habían hecho entrega de la modesta caja de madera en la que aún se podían ver las iniciales grabadas del compañero al que había perdido—. Cuando te vayas, no tendré a nadie con quien jugar.